

## Laudato Si: “Mujeres, portadoras de agua viva”

El agua vivifica y restaura, esto es: da vitalidad a quien la ha perdido y devuelve a la persona, que es la que nos congrega, al lugar en el que se encontraba en su origen. Creo que estas acciones ligadas al agua y a quien la porta son más que elocuentes para mostrarnos los lugares a los que como mujeres creyentes estamos llamadas a acudir.

El 24 de mayo de 2015 el Papa Francisco publicó una Encíclica dedicada al cuidado de la Creación o, lo que es lo mismo, dedicada al cuidado del Mundo y de la Vida. Cuidar, de acuerdo a la lógica de *la Laudato Si*, es acoger, proteger, fomentar y en definitiva humanizar según una concepción relacional en el que intervienen Dios, el mundo y el prójimo.

La Creación es un acto de amor generoso y gratuito, inmerecido, por tanto, que brota de la opción preferencial de Dios por el hombre y la mujer. No somos fruto del azar ni de la casualidad, sino de un acto de amor fecundo mediante el que el Dios Creador pone en nuestras manos los bienes que necesitamos para vivir, al tiempo que nos regala la compañía de nuestros prójimos para que juntos, en comunidad, alcancemos la plenitud de nuestro desarrollo personal y comunitario.

Este orden armónico se quiebra en la medida en que la ***lógica del don*** ha ido perdiendo sentido frente a la ***lógica de la adquisición***. Tomar conciencia del don nos vincula a través de la gratuidad, los que nos hace deudores de Aquél que nos ha creado y de aquellos con quienes nos relacionamos. Por el contrario, cuando la existencia se vive desde la individualidad y la desvinculación de acuerdo a un proceso consciente de autoafirmación frente a Dios y, por lo tanto, frente a la Creación, lo que resulta es un mundo en el que Dios y el prójimo acaban siendo una amenaza para nuestra libertad. Es lo que Henri De Lubac describió en 1943 en su libro *El Drama del Humanismo ateo* como la mayor herejía de nuestro mundo.

El proceso espiritual que alimentó esta herejía se ha nutrido en los dos últimos siglos del desarrollo de las ciencias empíricas y la investigación tecnológica, la voluntad de transformación del entorno, ya sea natural o humano, y el fortalecimiento progresivo de un sistema de producción económico al que podemos denominar como capitalismo tecnocrático.

Este proceso ha ido modificando la concepción que el ser humano tiene de sí, del prójimo y del mundo que habita y, por lo tanto, ha ido modificando el modo de acción humana sobre el mundo y en las relaciones con los demás. Podría decirse que la

acción humana ha pasado de ser respetuosa a ser extractiva y, por lo tanto, reductiva. La razón técnica, que es la lógica que domina este proceso, se sustenta en el dominio y la manipulación. Desde esta perspectiva, los bienes que se nos presentan antes nuestros ojos son vistos como oportunidades y recursos susceptibles de ser dominados y, por lo tanto, manipulados. Lo determinante es nuestra capacidad de someter, transformar y apropiarse porque la técnica es la que permite dominar, a quienes la poseen.

¿Es posible resistir a este paradigma? ¿Se puede resistir frente a un mundo sostenido sobre la lógica del dominio y la manipulación? ¿Existen antídotos frente a este mundo? *Laudato Si* habla de estilos de vida alternativos y de una contracultura capaz de plantar cara al *paradigma tecnocrático*.

Comparto con la Encíclica la convicción de que existe un modo alternativo de relacionarse con uno mismo, con los demás y con el mundo. Me gustaría que fijáramos nuestra atención en dos actitudes capaces de engendrar un estilo de vida alternativo. Son estas:

1. La gratuidad, y
2. el cuidado.

La gratuidad, nos dice (LS 220), genera un movimiento en tres tiempos:

1. Reconocer y aceptar el mundo como un *Don* de Dios, lo que provoca una respuesta generosa y gratuita.
2. Tomar conciencia de los vínculos de comunión con el resto de las criaturas con las que compartimos la existencia.
3. Desarrollar la *creatividad* que nace de la Fe en Dios.

La lógica del dominio que impera en nuestros días reclama una conversión ecológica que yo expreso en forma de conversión relacional que ponga de manifiesto la tríada Dios-mundo-prójimo. Esta conversión pasa por ser testigos de que los bienes de los que disponemos, empezando por nuestra propia existencia, nos han sido dados. Lo que significa que el amor, la donación y la entrega son fuerzas creadoras y, por lo tanto, absolutamente revolucionarias.

La resistencia que nace de esta conciencia de gratuidad solo puede manifestarse en forma de *cuidado*. Cuidar no es paliar, ni conservar. Cuidar es acoger y acompañar, fomentar, restaurar y vivificar para conseguir, en último término, que nuestro prójimo afronte su existencia desde su autonomía hasta alcanzar el máximo desarrollo personal del que es capaz.

Estoy absolutamente convencida de que la mujer sintoniza especialmente bien con esta actitud de cuidado. No entiendo, sin embargo, que el cuidado sea femenino. La

necesaria superación del modelo de asignación de roles y tareas en función de la diferencia sexual responde a convenciones sociales y culturales que deben superarse en bien de una lógica relacional que acentúe la corresponsabilidad. Lo que no es óbice para sostener, como acabo de apuntar, que la sintonía de la mujer con el cuidado, nacida de la capacidad de gestar en el propio cuerpo, o sea, de ser madre, permite tomar conciencia de la fragilidad ajena y del deber de cuidado como respuesta al don de la vida.

Esta convicción podría materializarse en dos compromisos históricos de extrema importancia:

1. La educación en el cuidado.
2. La lucha sin cuartel contra todas las formas de explotación de las mujeres.

El cuidado es una virtud social que la mujer debe y puede aportar al mundo. Lejos de quedar encerrada en los muros del hogar, hay que socializar una actitud que, además, no es exclusivamente femenina, sino esencialmente humana. La actitud de cuidado es pedagógica porque ayuda a tomar conciencia de la fragilidad propia y ajena, de las relaciones de interdependencia entre los seres humanos, de la dimensión esencialmente sociable del hombre y de la mujer, al tiempo que desmonta las falacias propias de la lógica individualista que entiende la libertad como desvinculación. Desde esta perspectiva, el cuidado es un principio social valiosísimo que dignifica la existencia humana y contribuye a mejorar las condiciones de vida de mujeres y hombres. Se trata de una virtud social que hay que exigir a todos los ciudadanos, hombres y mujeres, a todas las instituciones sociales, especialmente a la familia, que exige la mediación de los Estados y con la que la Iglesia debe comprometerse activamente.

Si urgente es la promoción de una cultura del cuidado que las mujeres deberíamos asumir como un deber social, no lo es menos la lucha decidida contra toda forma de reducción de la mujer y de su cuerpo a un medio de producción.

El paradigma tecnocrático en el que vivimos ha hecho de nosotras, las mujeres, uno de los objetos de producción más rentable que existen en nuestros días. La mujer y su cuerpo son hoy un productor financiero que cotiza al alza en la llamada economía canalla o criminal. La mujer entera o por piezas es tremendamente rentable al ser convertida en un objeto de explotación sexual, laboral y reproductiva que alcanza cifras descomunales. La mujer es comprada y vendida para el uso y disfrute de hombres que entienden que un cuerpo de mujer puede ser usado como fuente de placer. Comprar y vender mujeres es altamente rentable porque, además, pueden

quedarse embarazadas y nutrir de hijos a quienes están dispuestos a comprarlos ya para satisfacer deseos de paternidad y maternidad, ya para usarlos en el mundo de la pornografía y la explotación sexual, ya como suministradores de órganos. Las mujeres pueden ser prostitutas, a la vez que trabajan en plantaciones agrícolas o industrias textiles. El cuerpo de la mujer en piezas es un negocio redondo porque al mismo tiempo que podemos suministrar gametos que serán fecundados e implantados en el cuerpo de otras mujeres, podemos gestar hijos para las demás. La técnica permite hacerlo, ¿por qué habría que negarse a hacerlo? No exagero si digo que la comercialización del cuerpo de la mujer, ya sea entero o por piezas, es hoy la imagen de una *bioeconomía* en la que la vida entendida como **biovalor** es reducida a la categoría de fuerza física y en el que la técnica juega un papel determinante.

La civilización tecnológica debe ir necesariamente acompañada de la prudencia en las decisiones, de la estrategia del temor y del cálculo de las consecuencias, tal y como el filósofo Han Jonas en seña en *El Principios de Responsabilidad* y el papa Francisco plantea en nombre de la lucha contra el descarte plantea en la *Laudato Si*. ¿Qué mundo queremos para mañana? Esta es una pregunta determinante que debemos hacernos como mujeres.

María Teresa Compte  
Coordinadora Master en Doctrina Social de la Iglesia  
Universidad Pontificia de Salamanca